Andreu Nin

Un revolucionario en el recuerdo



María Ruipérez

NDREU Nin, militante y escritor marxista, nació en Cataluña, se formó en la URSS y en el movimiento obrero revolucionario internacional, consagró su talento y todas sus fuerzas a la causa de la revolución española y murió en Alcalá de Henares, firme e inflexible ante sus verdugos, los de toda una generación de combatientes intrépidos por la causa del socialismo. Cuando murió sólo tenía 45 años. Los mejores veinticinco años de su vida los había consagrado a la clase trabajadora. Su vida, su obra y su muerte son un ejemplo de fidelidad, de dignidad y de coraje para la nueva generación revolucionaria que se alza hoy por todas partes contra todas las formas de explotación y opresión» (1).

Así define Wilebaldo Solano —secretario general del POUM— a una de las figuras más polémicas e interesantes de nuestra historia política contemporánea, caída en el olvido durante las últimas décadas, pero recuperada recientemente gracias a diversas investigaciones y a la reedición de algunos de sus textos más importantes (2). Aprovechando estos trabajos, en el presente artículo hemos intentado ofrecer una semblanza de la vida y el pensamiento de uno de los teóricos y dirigentes políticos más atractivos, honestos y consecuentes de la izquierda marxista durante el período de la República y la guerra civil.

(1) Wilebaldo Solano: «Ensayo biográfico», incluido en Andreu Nin: Els Moviments d'emancipació nacional, Edicions catalanes de Paris, 1970, págs. 64-65.

(2) Entre las ediciones de textos de Nin se pueden citar los siguientes: Andreu Nin: Els moviments d'emancipació nacional. Edicions catalanes de París; París, 1970; Andrés Nin: Los problemas de la revolución española (Prefacio y traducción de Juan Andrade). Ed. Ruedo Ibérico, París, 1971; Andreu Nin: Las dictaduras de nuestro tiempo, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977; Andreu Nin: Los movimientos de emancipación nacional, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977; Andreu Nin: Por la unificación marxista, Ed. Castellote, Madrid, 1978; La revolución española en la práctica. Documentos del POUM. Introducción y selección de Víctor Alba, Ed. Júcar, Barcelona, 1978. Los estudios recientes de mayor interés son los de Francesc Bonamusa: Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937), Ed. Anagrama, Barcelona, 1977; Pelai Pagés: El movimiento trotskista en España (1930-1939), Ed. Península, Barcelona, 1977; Andrés Suárez: El proceso contra el POUM. Un episodio de la revolución española, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1974.

LA FORMACION DE ANDREU NIN

Andreu Nin nació en 1892 en un pueblecito catalán, El Vendrell. Sus padres eran zapateros modestos, que con grandes sacrificios se preocuparon de darle una carrera. Gracias a ello, Nin pudo estudiar Magisterio en la Escuela Normal de Tarragona, participando ya a los diecisiete años en los acontecimientos de la Semana Trágica de 1909. Al terminar estos estudios, marchó a Barcelona para seguir los cursos superiores de Magisterio. A su llegada a la capital catalana en plena efervescencia política, Nin se sintió atraído por el republicanismo nacionalista de izquierda, en cuyas filas militó una corta temporada, colaborando en varios periódicos adscritos a esta tendencia política: fue redactor del Poble Catalá, cuva figura más conocida era Pere Corominas; más adelante escribió también en La Publicidad, y de aquí se trasladó a la Agencia Fabra, dirigida en aquel momento por Claudi Ametlla.





Nin se unió a Trotski y a la Oposición de Izquierda, por lo que tras los primeros triunfos estalinistas fue separado de su cargo en el Secretariado de la ISR en 1926. (En la foto, León Trotski).

Pero su militancia republicana y nacionalista tendría una breve duración. Influido por las ideas socialistas, en 1913 Nin se afilió a la Agrupación Socialista de Barcelona, en la que permanecería hasta 1918, dentro siempre del sector más a la izquierda del partido. De todas formas, tampoco la militancia socialista cubrió sus aspiraciones. Muy pronto Nin se interesaría por el sindicalismo revolucionario defendido por la CNT, cuya fuerza superaba ampliamente en Cataluña a la central sindical ugetista, vinculada tradicionalmente al PSOE. Integrado cada vez más en la lucha obrera, Nin abandonó el comercio -al que, como forma de vida, se había dedicado en los años anteriores--- en 1918 para entregarse de lleno a la actividad política y sindical, en concreto a la organización del Sindicato de Profesiones Liberales, adherido a la CNT, dentro del cual ocupó el cargo de Vicepresidente. Pronto se convirtió en amigo íntimo de Salvador Seguí, y en colaborador de las personalidades más destacadas de la CNT en aquellos

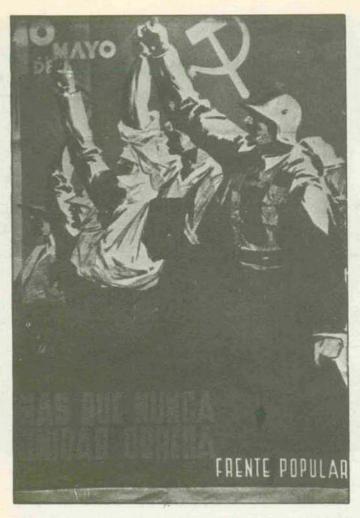
años, como Pestaña, Evelino Boal, M. Buenacasa o Joaquín Maurín.

Como sobre otros militantes obreros, las repercusiones de la Revolución Rusa ejercieron una gran influencia sobre Nin, hasta llevarle a apoyar el ingreso de la CNT en la III Internacional, en el II Congreso Nacional de este sindicato, celebrado en 1919 en el Teatro de la Comedia de Madrid. Su intervención refleja el giro ideológico sufrido por él en los últimos meses: «Soy un fanático de la acción, de la revolución; creo más en los actos que en las ideologías y en las cuestiones abstractas. Soy partidario de la III Internacional porque es una realidad, porque por encima de las ideologías representa un principio de acción, un principio de coexistencia de todas las fuerzas netamente revolucionarias que aspiran a implantar el comunismo de una manera inmediata. Por eso, yo, que he pertenecido al Partido Socialista hasta el día en que acordó en su Congreso permanecer en la II Internacional, os anuncio a todos vosotros, compañeros de España, que sigo siendo revolucionario; que, desde el día en que el P.S.E. acordó persistir en sus normas anticuadas, me di de baja para luchar con vosotros en el puro terreno de la lucha de clases».

NIN Y LA III INTERNACIONAL

De 1919 a 1921. Andreu Nin colaboró activamente dentro de la CNT. Eran años difíciles para el movimiento obrero español, en especial para el catalán: la patronal había creado los Sindicatos Libres, en estrecho contacto con las autoridades, cuya misión principal era combatir a tiros a los afiliados a los sindicatos revolucionarios. En enero de 1920, Andreu Nin fue detenido por segunda vez en una reunión clandestina de los sindicatos afiliados a la CNT, y permaneció seis meses en la cárcel. Al salir de ella, y tras resultar ileso en un atentado de los pistoleros del Libre, en marzo de 1921 sustituyó a Evelio Boal —asesinado por los pistoleros- en el cargo de secretario general de la CNT y fue designado miembro de la delegación enviada por la CNT a Moscú —junto con Maurín, Arlandís y Jesús Ibáñez para asistir al Congreso de la Internacional Comunista y al Congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja.

Tras diversas peripecias, que culminaron con su detención en Berlín, Nin consiguió llegar a Moscú, donde tuvo una importante participación en el Congreso de la ISR, a consecuencia de la cual sería elegido miembro del Secreta-

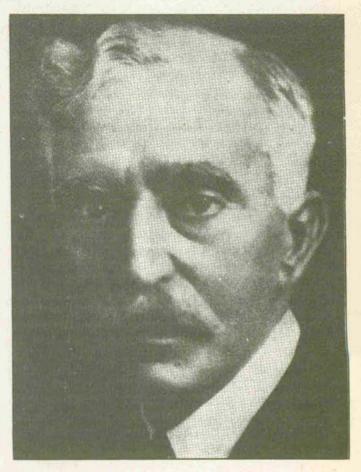


Cartel de Bardasano, propugnando el Frente Popular con ocasión de la festividad del 1.º de Mayo.

riado de la Internacional Sindical. Como resultado de esta elección, mientras los demás miembros de la delegación volvieron a España una vez terminado el Congreso, Nin permaneció en Moscú; y en contacto con los principales líderes revolucionarios, abandonó muy pronto sus posiciones anarcosindicalistas para convertirse en miembro del Partido Comunista, delegado de la Internacional Sindical Roja v miembro del Soviet de Moscú. Su estancia en la Unión Soviética, donde se casó con una militante del partido comunista de la URSS y tuvo dos hijas, duraría hasta 1930. En este período decisivo de su vida, Nin dedicó todo su tiempo a las tareas impuestas por su cargo en la ISR, además de colaborar en las revistas más importantes del movimiento comunista: La Internacional Sindical Roja, La Internacional Comunista y La Correspondencia Internacional, en las que escribió numerosos artículos sobre el movimiento obrero internacional. Pese a ello, procuró siempre no alejarse demasiado de los problemas españoles, y más en concreto catalanes. Buena prueba de ello son sus colaboraciones en los periódicos catalanes, como Lucha Social o La

Batalla, fundados ambos por Joaquín Maurín, y en L'Opinió desde su salida al público en 1928. Las diversas delegaciones españolas que visitaron la Unión Soviética durante estos años encontraron en Nin un compañero siempre dispuesto a abrirles camino hacia los más altos dirigentes soviéticos y de la Internacional Comunista. Fue anfitrión e intérprete de su paisano Josep Pla, y también de Maciá, enviado por sus correligionarios a Moscú en 1925 --en un viaje organizado por la delegación del PCE en París— para pedir ayuda a la IC en la preparación de un movimiento insurreccional que pretendía acabar con la monarquía de Alfonso XIII, y que finalmente fracasó, en parte por falta de ayuda soviética.

Entre las cuestiones encargadas a Nin por la I.C. merece la pena destacar la reorganización del PCE en 1925, tras su desmantelamiento por Primo de Rivera. A petición de los militantes comunistas encarcelados en la Modelo de Barcelona, se estableció en París una nueva dirección del PCE, de la que Nin formó parte, aunque por poco tiempo: detenido por la policía francesa, fue expulsado inmediatamente del país. Un año antes, Nin había viajado tam-



Nin fue anfitrión e intérprete de Maciá, enviado por sus correligionarios a Moscú en 1925 —en un viaje organizado por la delegación del PCE en Paris — para pedir ayuda a la IC en la preparación de un movimiento insurreccional que pretendia acabar con la monarquia de Alfonso XIII, y que finalmente fracasó, en parte por falta de ayuda soviética. (En la foto, el lider catalanista, Francesc Maciá).



bién a Italia como enviado de la Internacional. Su contacto directo con el país, con los dirigentes comunistas italianos y, en especial, con el régimen fascista, le convirtieron en un gran conocedor del problema del fascismo, a cuyo estudio desde una perspectiva de clase dedicó—como ha señalado Pelai Pagés en su excelente introducción a Las Dictaduras de nuestro tiempo— diversos artículos, publicados en La Batalla y en La Correspondencia Internacional en 1923 y 1924, y finalmente el libro citado.

Mayor importancia inmediata tuvo su participación en las luchas políticas entabladas en la URSS por los diferentes candidatos a la sucesión de Lenin, muerto en enero de 1924. Como es bien sabido, Nin se unió a Trotski y a la Oposición de Izquierda, por lo que tras los primeros triunfos estalinistas, fue separado de su cargo en el Secretariado de la ISR en 1926. Sometido a vigilancia por la policía estalinista, Nin decidió salir de la Unión Soviética; y después de laboriosas gestiones para conseguir el pasaporte (Stalin todavía no se atrevía a perseguir a los comunistas extranjeros), en octubre de 1930 llegó a Barcelona con su mujer, Olga, y sus hijas.

LAS DICTADURAS DE NUESTRO TIEMPO

Durante el período de vigilancia al que había

estado sometido en la URSS, Nin se dedicó a profundizar en sus trabajos teóricos, en especial en su libro Las Dictaduras de nuestro tiempo, que apareció publicado en catalán en noviembre de 1930. Su objetivo era replicar a Cambó, cuyo estudio sobre Las Dictaduras examinaba, desde la perspectiva de la derecha democrática, las causas de la aparición de regímenes dictatoriales en diversos países europeos, sin señalar las diferencias entre los distintos dipos de dictaduras, y equiparando, por consiguiente, al fascismo de Mussolini en Italia o a las dictaduras conservadoras y militares de otros países europeos con la «dictadura del proletariado» imperante en la Unión Soviética (3). Frente a esta interpretación, Nin trataría de establecer en su respuesta las bases para una interpretación marxista de los nuevos fenómenos dictatoriales.

El punto central de su análisis era la definición del carácter contrarrevolucionario del fascismo, última forma de defensa de la burguesía capitalista frente a la fuerza creciente del proletariado: «El fascismo no solamente ha dejado intacto el sistema económico capitalista, no sólo no ha derribado del poder a una clase, sino que ha venido a reforzar el sistema económico capitalista, ha consolidado la dominación burguesa y ha sometido al proleta-

⁽³⁾ Francisco Cambó: Las Dictaduras. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1929 (3.ª edición).



De derecha a izquierda: Andrés Nin, el lider socialista francés Marceau Pivert, Julián Gorkin, la escritora Colette Audry, Pedro Bonet y, de perfili, el escritor inglés George Orwell y el secretario del Partido Laborista Independiente, Mac Nair, en Barcelona, en julio de 1936.

riado a un régimen de explotación y opresión insoportables. El fascismo no ha sido una revolución, sino una reacción contra la revolución proletaria (...)» (4). La base social fundamental de este movimiento era, según el análisis de Nin, la pequeña burguesía, que en los momentos de crisis económica producida tras la Primera Guerra Mundial, y del ascenso del movimiento obrero, había perdido toda confianza en los sistemas democráticos y esperaba su salvación de las fórmulas nacionalistas y autoritarias propuestas por Mussolini y sus seguidores. De aquí que resultara falaz e incoherente la comparación del fascismo con el régimen soviético de dictadura del proletariado, entendida por Nin como el único sistema capaz de acabar revolucionariamente con los privilegios de la burguesía e imponer una auténtica democracia obrera: «Sin dictadura no se ha realizado (...) en el mundo ninguna revolución profunda. Pero la diferencia entre la dictadura burguesa (aun en sus formas más democráticas) y la dictadura del proletariado radica en que la primera consiste en la represión violenta de la mayoría de la población, constituida por las masas trabajadoras de las ciudades y de los campos, y la segunda se ejerce contra la resistencia de los explotadores que constituyen, evidentemente, una minoría».

(4) Andreu Nin: Las Dictaduras de nuestro tiempo. Ed. Fontamara. Barcelona, 1977, págs. 108-109.

NIN Y LA IZQUIERDA COMUNISTA

A su vuelta a Barcelona en octubre de 1930, Nin se encontró con dos problemas fundamentales: tenía que ganarse la vida y que conseguir a la vez su reintegración en el movimiento obrero español. Si pudo resolver el primero con relativa facilidad, gracias a su conocimiento del ruso, que le permitió dedicarse a traducir a los novelistas rusos del siglo XIX, más difícil y laboriosa fue la solución del segundo. Para empezar, Nin había sido secretario particular de Trotski, y mantenía las mismas posiciones ideológicas que el creador del Ejército Rojo; pero además la situación del movimiento comunista español, y en especial en Cataluña, era sumamente difícil. Como explicaba el propio Nin en una carta a Trotski, el partido comunista oficial era un pequeño grupo, con una mínima autoridad ante las masas; las federaciones comunistas de Cataluña y Valencia formaban, junto a otras federaciones importantes del partido, un «partido independiente»; y por último, la Oposición de Izquierda de carácter trotskista no tenía ninguna fuerza en Cataluña.

Por ello, durante los primeros meses de su estancia en Barcelona, Nin colaboró con Joaquín Maurín y con la Federación Comunista Catalano Balear (FCCB), dirigida por éste. Pero tales relaciones se romperían tras unas conferencias pronunciadas en el Ateneo de



Antonov Ovsenko —a la izquierda de la fotografía— a su llegada a Barcelona, como cónsul soviético en la ciudad condal, acompañado por el Presidente de la Generalidad, Luis Companys.

Madrid los días 8 y 9 de junio de 1931, en las que ambos políticos defendieron puntos de vista diferentes en torno al tema de las nacionalidades. En oposición a Maurín, Nin descalificó a la burguesía como clase revolucionaria, y consideró al proletariado como la única clase social capaz de emprender la lucha por la liberación nacional y el socialismo. A la vez, defendió contra Maurín la organización centralista del partido marxista dentro de un Estado plurinacional: «La posición de Nin -afirma Pelai Pagés-- es tajante y radical: aceptar el derecho indiscutible de los pueblos a la independencia no supone caer en el error de constituir partidos nacionales independientes o federaciones de partidos dotados de una vasta autonomía administrativa v política» (5). Las diferencias ideológicas, que representaban al mismo tiempo diferencias de carácter y de forma de actuación política, están perfectamente resumidas en estas frases de Bonamusa: «Maurín, más pragmático, defendió el separatismo, siempre que éste contribuyera a la desaparición de un aparato estatal

(5) Pelai Pagés: «Prólogo». Andrés Nin: Los movimientos de emancipación nacional. Ed. Fontamara. Barcelona, 1977, pág. 25. monárquico; Nin, sin embargo, más teórico, no podía aceptar esta toma de posición de Maurín, al hallarse, de hecho, más atado a la teoría bolchevique sobre el concepto de nación y más al margen de la actividad política inmediata. Una vez más se intuía al político Maurín y al teórico Nin» (6).

La proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, había despertado en Nin grandes esperanzas de que llegara a desembocar en una revolución socialista. Aunque los acontecimientos tomaron pronto una dirección muy distinta, y desaparecieron las posibilidades de una revolución inmediata, no decayó por ello su actividad política y propagandistica: Nin pronunció numeros as conferencias y cursos en Ateneos obreros y populares, y redactó en pocos meses varios folletos sobre la revolución rusa y el movimiento obrero español e internacional (Las organizaciones obreras internacionales. El proletariado ante la revolución española...). Dentro de esta actividad teórica, la aparición en mayo de 1931 de la revista mensual Comunismo, editada por la Oposición Comunista de España, marcó la pauta de lo que Nin había considerado esencial desde su vuelta a España: la publicación de un órgano de expresión que sirviera de núcleo organizador del partido. Además de Nin, colaboraban en ella Juan Andrade, Julián Gorkín v otros miembros destacados de la Oposición. Casi al mismo tiempo, y sin duda por influencia de Trotski, Nin rompió definitivamente con la Federación Comunista-Catalano-Balear, se unió más estrechamente al entonces pequeñísimo grupo de la OCE y comenzó la enorme tarea de crear un periódico que sirviera -- según la clásica teoría leninista-- para aglutinar a los primeros núcleos organizativos de la Oposición Comunista. Gracias a las gestiones de Trotski, del Secretariado Internacional y de la Oposición norteamericana, que enviaron dinero para su salida, sus aspiraciones se vieron pronto realizadas: el primer número de El Soviet aparecía el 15 de octubre de 1931, con un consejo de redacción formado también por los principales dirigentes de la OCE, como Andrade, García Palacios y Fábregas. Pero el proyecto tuvo corta vida, por falta de fondos y por la escasa implantación de la organización, que no permitía realizar las ventas suficientes para sostener las diversas publicaciones.

Al lado de la labor teórica o de propaganda, Nin desarrollaba también una vigorosa acti-

⁽⁶⁾ Francesc Bonamusa: Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937). Ed. Anagrama. Barcelona, 1977, págs. 95-96.

vidad política, en sentido estricto: una vez integrado en la Oposición Comunista, se convirtió en el principal motor de la evolución de este grupo. En aquel momento la polémica fundamental dentro de la organización enfrentaba a quienes defendían el «entrismo» en el PSOE y la UGT, y a los que proponían la conversión de la OCE en un nuevo partido político de masas. Mientras Trotski apoyaba la primera postura, Nin era el más decidido partidario de esta última, lo que dio origen a divergencias entre ambos, que el tiempo iría agudizando cada vez más hasta llegar a la ruptura definitiva. Para resolver las diferencias, en marzo de 1932 se celebró la III Conferencia de la OCE, cuyos resultados más destacados fueron el cambio de nombre de la organización, que pasó a llamarse Izquierda Comunista Española (ICE), y el reforzamiento del papel dirigente de Andreu Nin, que a partir del verano de este mismo año pasó a ocupar el cargo de secretario general.

Como dirigente político, la principal preocupación de Nin en este momento era el avance del fascismo en Europa, y más en concreto en nuestro país. Ya en un editorial de Comunismo había advertido sobre el peligro de un giro de la República hacia fórmulas fascistas: «La burguesía irá estrangulando suavemente la revolución democrática, con ayuda de los socialistas y, cuando no tenga necesidad de ellos, instaurará su dictadura descarada». Y en su folleto El proletariado español ante la revolución defendió la necesidad de que el proletariado consciente, apoyado por las masas campesinas, se hiciera cargo de la revolución democrático-burguesa hasta conseguir su triunfo definitivo. Por ello, y en oposición a las tesis de la III Internacional, la Izquierda Comunista aprobó en la citada Conferencia una resolución favorable a la creación de un frente único con la socialdemocracia para hacer frente al enemigo común.

LA ALIANZA OBRERA Y LA FORMACION DEL POUM

En concordancia con este planteamiento, tras las elecciones de noviembre de 1933 y la subida al poder del partido radical, Nin dedicaría toda su actividad política a convencer al resto de los partidos obreros de la necesidad de la acción conjunta, para evitar el triunfo de la reacción derechista y detener el avance del fascismo. La propuesta de Nin se concretaba en la creación de un «frente único de la clase trabajadora», garantizando la libertad de

pensamiento y un sistema de dirección democrática de los organismos proletarios de carácter unitario. En Cataluña, este proyecto acabó convirtiéndose en realidad: tras la represión del movimiento socialista alemán, el ascenso de Hitler y la entrada de la CEDA en el Gobierno, se organizó un movimiento unitario bajo el nombre de Alianza Obrera, en el que se integraron la UGT, la Unión Socialista de Cataluña, Izquierda Comunista, el Bloc Obrer y Camperol (BOC), la Federación Catalana del PSOE, los Sindicatos expulsados de la CNT y la Unión de Rabassaires. De ella quedaban excluidos la CNT y el PCE.

Casi inmediatamente después de su fundación, el 9 de diciembre de 1933, la Alianza Obrera publicó un manifiesto dirigido a los trabajadores de Cataluña y de toda España, y firmado por los representantes de cada uno de los grupos miembros (7). Su texto advertía a

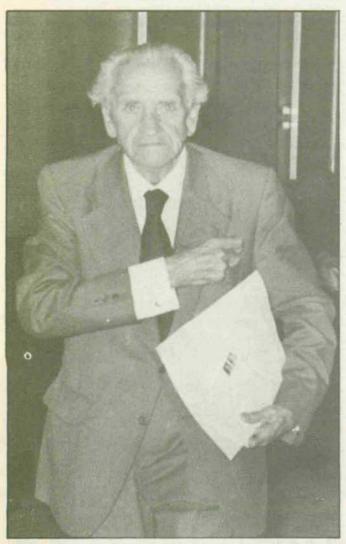
(7) J. Vila Cuenca, por la UGT; María Martínez Cuenca, por la USC; Andreu Nin, por la IC; Joaquín Maurín, por el BOC; Rafael Vidiella, por la FC del PSOE; Angel Pestaña, por los Sindicatos de oposición; Josep Calvet, por la Unió de Rabassaires, y Francesc Aguilar, por la Federación de Sindicatos expulsados de la CNT.



Cartel editado por el Partido Comunista de España durante la guerra civil, propagandístico de la formación de un Ejército regular.

los trabajadores del peligro del «avance de la reacción capitalista», que podría conducir a un golpe fascista; para impedirlo, las organizaciones de la A.O. se comprometían a «salvaguardar todas las conquistas logradas hasta hoy por la clase obrera» y a «evitar cualquier intento de Golpe de Estado con la instauración de la dictadura». Con este propósito, la A.O. desarrolló una amplia campaña de mítines, con intervención de Nin y de los demás líderes de la Alianza. Pero el logro más importante de la Alianza sería el acercamiento entre el Bloc Obrer y Camperol, dirigido por Maurín, y la ICE, acercamiento que, como dice Wilebaldo Solano, «iba a plantear el problema de la unificación de los marxistas revolucionarios en términos concretos».

La insurrección de octubre de 1934 supuso el primer intento de unidad entre los partidos obreros. Como es bien sabido, la revolución estalló en Asturias y se extendió rápidamente a Cataluña. En ambos lugares la Alianza Obrera tuvo un papel decisivo: «tomó —dice



Don Manuel Irujo y Ollo, Diputado a Cortes por el Grupo Nacionalista Vasco, representando a Guipúzcoa, en las Constituyentes de 1933 y de 1936. Senador, por designación real, en 1978. (Foto Ramón Rodriguez).

Bonamusa— la dirección política y militar del movimiento», hasta la derrota del mismo. En Cataluña, la Alianza convocó manifestaciones v llamó a las organizaciones políticas y sindicales a mantener la huelga general; pero pese a sus esfuerzos, el movimiento fracasó, debido por un lado a la capitulación del Gobierno de la Generalitat y, por otro, al escaso interés de la CNT en movilizar sus fuerzas en un movimiento político. Como consecuencia de ello, y de la consiguiente persecución de los dirigentes del movimiento insurreccional, Andreu Nin tuvo que pasar a la clandestinidad, desde donde publicó un periódico ilegal con el título de L'Estrella Roja. Analizando en él las causas del fracaso del movimiento de octubre. Nin escribía: «Al Ejército revolucionario le ha faltado un estado mayor con jefes capaces, estudiosos y experimentados. Sin partido revolucionario, no hay revolución triunfante».

A partir de este fracaso, Nin se consagró en cuerpo y alma a la enorme tarea de la unificación de las fuerzas revolucionarias. Fruto de sus conversaciones, y de los contactos cada vez más estrechos con Maurín y el BOC, fue la fusión entre el BOC y la ICE, a través de la cual los militantes trotskistas consiguieron—como explica Andrade— «romper su aislamiento» y ampliar considerablemente su base popular.

Tras una serie de discusiones entre la ICE y el BOC, por fin el 29 de septiembre de 1935 se celebró en Barcelona el Congreso de unificación de ambos partidos. De él saldría la denominación de Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) para la nueva organización, y la aprobación de las tesis, redactadas por Maurín y Nin, en que se basó su actividad posterior. La importancia de la fusión es innegable: según W. Solano, se trataba del primer paso para la creación del partido revolucionario, y de un ejemplo a seguir para las formaciones trotskistas internacionales, minadas por continuas escisiones. Pero para llegar a ella, la Izquierda Comunista había tenido que separarse de la Liga Comunista Internacional, dirigida por Trotski, y que rechazar la estrategia del «entrismo» defendida por éste. La ruptura con el dirigente bolchevique seria «definitiva, total y dolorosa -dice Andrade-, sobre todo para Andreu Nin, vinculado durante muchos años a Trotski, al que le unía, además de su identidad de pensamiento, una profunda amistad personal».

En un corto período, el nuevo partido se había extendido por diversas zonas del país, en especial empezaba a tener influencia en el País Valenciano, Asturias, País Vasco, Extremadu-



Don Luis Araquistáin Quevedo. Diputado Socialista en las Constituyentes de 1931 por Vizcaya; en las de 1933 y 1936, por Madrid.

ra, Madrid y Galicia. Pero el estallido de la guerra civil acabó con la posibilidad de que el POUM se convirtiera en un partido de masas; pese a lo cual su importancia política en la zona republicana superó con mucho al número de sus afiliados, sobre todo en Cataluña, donde el POUM llegó a ocupar —dice Bonamusa— «el primer papel en el seno de las fuerzas comunistas».

EL FRENTE POPULAR

El primer problema con que se encontraron los dirigentes del POUM fue el de clarificar su postura frente a las anunciadas elecciones a Cortes de febrero de 1936. La actitud adoptada -integrarse temporalmente en el Frente Popular- permitía a este partido salir del aislamiento a que estaba condenado, y participar activamente en los grandes actos de masas llevados a cabo por el Frente durante la campaña electoral; además, según un informe del propio Nin, la integración favorecía la defensa en Cataluña de varios objetivos básicos: «a) derrotar a la reacción; b) conseguir la amnistía: c) restablecimiento del Estatuto de Catalunya». En opinión de Andrade, la entrada del POUM en el Frente electoral significaba un «problema político que nunca han tenido que plantearse los grupos trotskistas en ningún



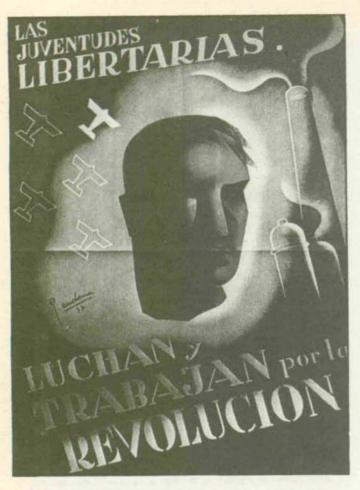
Don Julián Zugazagoitia Mendieta. Director de «El Socialista», Ministro de Gobernación en el primer Gobierno de Negrin (mayo de 1937). Posteriormente fusilado por orden del Gobierno de Franco, en la cárcel de Porlier, de Madrid, al acabar la guerra civil.

país en circunstancias semejantes, porque en ningún país han dispuesto de valor orgánico suficiente para obtener una beligerancia por parte de las otras organizaciones políticas de la clase obrera» (8).

A pesar de las presiones de los poumistas para que se incluyera a Nin en las listas de candidatos por Asturias, donde podía ser elegido con facilidad, la decisión de la comisión electoral de Cataluña fue presentar solamente un candidato del POUM, Joaquín Maurín, por Barcelona. A Nin no le quedó otro remedio que retirar su candidatura: «Estas mezquinas trampas burocráticas —afirma W. Solano— impidieron que Nin representara a los trabajadores en el Parlamento de 1936». La representación parlamentaria del POUM quedaba reducida a Maurín, elegido en Barcelona por más de 250.000 votos.

Por su parte, los ataques de Trotski a los dirigentes poumistas, a raíz de su incorporación al bloque electoral, no se hicieron esperar. Sus acusaciones tomaron, una vez más, carácter personal, en especial contra Nin y Andrade, a los que tildaba de «traidores», fundadores de un partido también traidor a la clase obrera y a los principios leninistas, y por ello, opuesto a

(8) Andrade: «Prólogo». Andrés Nin: Los problemas de la revolución española. Ed. Ruedo 1 bérico. Paris, 1971, pág. 37.



Cartel original de Cadena, propaganda de las Juventudes Libertarias (1937).

la creación del «verdadero partido revolucionario».

Tras el triunfo de la izquierda el 16 de febrero de 1936, Nin consideró liquidados los compromisos contraídos con los partidos integrados en el Frente Popular y reanudó su asidua colaboración en La Nueva Era, destinada a combatir el frentepopulismo de los partidos comunistas europeos, y en especial del español. En un artículo titulado Después de las elecciones del 16 de febrero, y publicado en el mismo mes de febrero. Nin atribuía la victoria electoral de los partidos de izquierda a la lucha de la clase obrera, y no a los partidos republicanos, y atacaba la táctica del Frente Popular preconizada por el PCE, que traería como consecuencia, en su opinión, el freno del movimiento revolucionario y la entrega de la clase trabajadora en brazos de los partidos burgueses. Frente a esta actitud, el único camino consecuente para la victoria del socialismo era la formación de organismos de unidad en el plano sindical y político —las Alianzas Obreras— capaces de atraer a las masas populares: «Pero forjar esas armas indispensables -decía Nin- será absolutamente imposible sin una clara política de clase, sin la más completa independencia del movimiento

revolucionario con respecto a los partidos burgueses. Queda dicho con ello que la política del Frente Popular no responde a los intereses vitales del proletariado y de la revolución en el momento presente». El artículo acababa insistiendo de nuevo en las consignas desarrolladas en el texto: «Independencia, pues, del movimiento obrero frente a los partidos republicanos, organización, unidad sindical, Alianza Obrera, formación rápida del partido revolucionario: he aquí el deber del momento».

Al mismo tiempo, su actividad política en los meses previos al comienzo de la guerra se centró en la dirección, desde su puesto de secretario general, de la Federación Obrera de Unidad Sindical (FUS), creada en mayo de 1936, a partir de la separación de la CNT de los sindicatos de Tarragona, Lérida y Gerona, cuyos dirigentes eran miembros del POUM.

NIN, SECRETARIO GENERAL DEL POUM

La insurrección militar del 18 de julio de 1936 sorprendió al secretario general del POUM, Joaquín Maurín, fuera de Barcelona (había marchado a Galicia para asistir a una reunión del partido en aquella región); por ello, quedó aislado de la organización y obligado a un difícil recorrido por las cárceles franquistas en el que, gracias a un cambio de nombre, consiguió salvar milagrosamente su vida (9). En esta circunstancia, al conocerse en Barcelona la noticia de la sublevación, el POUM, además de movilizar a sus militantes para la lucha, decidió poner a Andreu Nin al frente de la dirección política del partido, puesto que desempeñaría hasta su detención el 16 de junio de 1937. Poco después, al crearse en agosto de 1936 el Consejo de Economía de Cataluña, Nin entró a formar parte de él; y un mes más tarde, cuando se constituyó el Consejo de la Generalitat (26-IX-1936), fue designado Consejero de Justicia del mismo.

En consecuencia, en los meses siguientes, Nin tuvo que combinar la actividad partidaria con el desempeño de tales cargos. En el campo de la política oficial, su actuación comenzó resolviendo un problema que afectaba directamente a su partido: la disolución de los primeros tribunales populares creados por el propio POUM en Lérida y su provincia, para establecer el control absoluto de la Generalitat sobre la labor judicial. Pese a las reticencias de los

⁽⁹⁾ Para conocer con detalle las penalidades pasadas por Maurín en las cárceles franquistas véase Manuel Sánchez: Maurín: Gran enigma de la guerra y otros recuerdos. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1976.

militantes leridanos de su partido, Nin «se decidió—dice Bonamusa— por lo razonable y aceptó el papel de convencer e imponer su autoridad como secretario del partido a las organizaciones del POUM de Lleida». El paso siguiente fue la reorganización del sistema de Tribunales Populares, adoptada en octubre de 1936, con el fin de evitar los actos de violencia cometidos durante los primeros meses de la guerra: a partir de ahora, los Tribunales Populares estarían formados por un representante de cada organización integrada en la Generalitat, y ejercerían su papel de « tribunales revolucionarios» en estrecha dependencia de ésta.

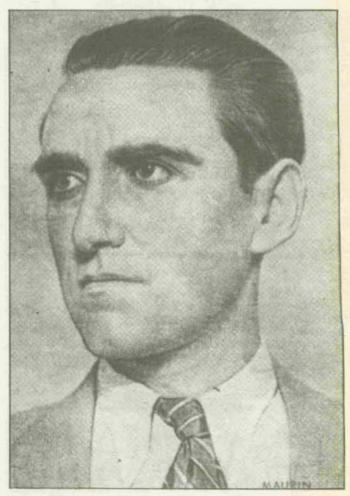
Más importante para la historia del POUM, y de los conflictos en que se vio envuelto en 1937, fue su actuación como secretario político del partido. En opinión de Andrade, pese a gozar de un gran prestigio, la elección de Nin no satisfizo del todo a los militantes poumistas procedentes del Bloc Obrer y Camperol, y sus decisiones no tuvieron el apoyo esperado. de forma que el partido vivió, desde el comienzo de la guerra hasta su aniquilación, en una permanente crisis interna. Aún así, Nin desarrolló una actividad política incesante, centrada en la necesidad de aprovechar la guerra para avanzar hacia la revolución socialista. «En España asistimos a una revolución social profunda -diría en un mitin en Valencia en agosto de 1936 —. Yo, que he conocido la revolución rusa, puedo deciros: nuestra revolución es más profunda que la que conmovió a Rusia en el año 1917». Y en otro mitin, celebrado en septiembre en Barcelona, insistió en que, una vez superada la fase de la revolución burguesa, era necesario entrar en la etapa socialista, cuvo desarrollo se basaría en el modelo soviético. Esta postura, opuesta a la actitud de la mayoría de los grupos del Frente Popular, y en especial del PCE, para el que ganar la guerra significaba abandonar la lucha revolucionaria, sería la causa de enfrentamientos partidistas cada vez más tensos, cuyo final no tardó en ponerse de manifiesto.

EL COMIENZO DEL FIN

Desde fines del 1936, la actividad política del POUM, y por consiguiente de Andreu Nin, comenzó a verse obstaculizada por la confluencia de un conjunto de factores externos e internos que culminarían en el asesinato del secretario político del partido y la destrucción de toda la organización. Tres fueron las etapas principales de este proceso: en primer lugar, el aislamiento político del partido; tras él, una campaña de difamación, organizada y diri-

gida por el Partido Comunista de España; y, por último, la persecución y el aniquilamiento físico.

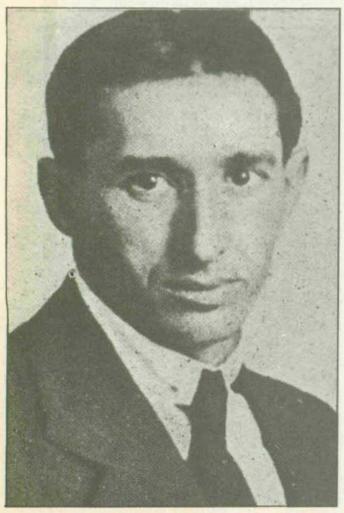
Es evidente que las raíces de esta persecución -una de las páginas más oscuras y lamentables de la historia del bando republicano-se encuentran en la política estalinista de destrucción de todo posible enemigo interior y exterior. En 1936 habían comenzado ya las purgas en la Unión Soviética —que alcanzarían su culminación en los grandes procesos de 1937-38— contra los viejos bolcheviques acusados de «trotskistas», «agentes del fascismo internacional», «enemigos del socialismo»... Precisamente, en agosto del 36 culminaba el proceso contra Zinoviev. Kamenev y Smirnov, ante el cual se puso inmediatamente de manifiesto la actitud de repulsa del POUM: «Somos socialistas, revolucionarios. marxistas —decía el editorial publicado por La Batalla, a instancias de Nin, el 28 de agosto de 1936-. En nombre del socialismo y de la clase obrera revolucionaria, protestamos enérgicamente contra el crimen monstruoso que acaba de perpetrarse en Moscú». Tal protesta no podía quedar, a los ojos de Stalin, sin contestación. Así, al tiempo que Antonov Ov-



Joaquin Maurin Julià. Diputado en las Constituyentes de 1936 del B.U.M. por Barcelona.

senko - máximo representante de Stalin en la España republicana- presionaba sobre el PCE y el Gobierno republicano para conseguir la expulsión de Nin del Gobierno de la Generalitat, las «advertencias» de la Unión Soviética llegaban también por otros caminos. Como ha señalado Bonamusa, en el proceso contra Radek y Piatakov, de enero de 1937, se aludió ya a los «trotskistas españoles»; y en la última declaración de Radek apareció una advertencia que resultaría profética: «Debemos decir a los elementos trotskistas de Francia, de España v de otros países... que la experiencia de la revolución rusa ha mostrado que el trotskismo es el saboteador del movimiento obrero. Debemos prevenirles que pagarán con su cabeza si no aprovechan nuestra experiencia».

Ya hemos mencionado que el primer paso en esta persecución fue el aislamiento político del POUM, y en especial exclusión de Nin de su cargo en el Consejo de la Generalitat. El 12 de diciembre de 1936, Nin fue obligado a abandonar su cargo de Consejero, sin que valieran de nada las protestas. En respuesta a esta marginación política, el partido se reafirmó en su línea revolucionaria, e intentó un acer-

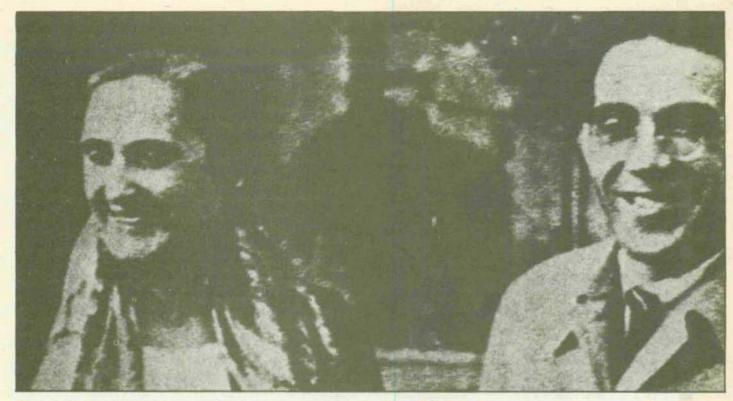


Angel Pestaña Núñez. Diputado en las Constituyentes de 1936. Sindicalista por Cádiz.

camiento a la CNT, cuya postura era, en algunos aspectos, similar a la poumista. El pleno del Comité Central del POUM celebrado pocos días después de la expulsión de Nin del Consejo de la Generalitat, con asistencia de 200 delegados, en representación de 40.000 afiliados, según las fuentes del partido (cifra que Bonamusa considera exagerada, y que el mismo Nin, en su discurso ante el pleno reduo a 30.000), reafirmó de manera tajante los principios revolucionarios del partido: «Las consignas fundamentales del momento son: Disolución del Parlamento burgués. Asamblea Constituyente de delegados de los Comités de fábrica, de los representantes de los campesinos y de los milicianos del frente. Gobierno obrero y campesino. Democracia obrera», Y los reiterados llamamientos de Nin, en todos sus artículos y discursos, a la unidad de acción entre el POUM y la CNT-FAI consiguieron finalmente un éxito relativo con la creación, en febrero de 1937, del Frente de la Juventud Revolucionaria, formado por las Juventudes Libertarias y la Juventud Comunista Ibérica (organización juvenil del POUM, cuyo secretario general era W. Solano).

Pero esta contraofensiva no era suficiente para acabar con el aislamiento del partido. Como siguiente paso en la ofensiva contra el POUM los órganos del PCE y del PSUC, en especial Treball o Mundo Obrero, iniciaron una feroz campaña de difamación de los dirigentes poumistas. Las acusaciones tenían insospechada virulencia: se definió a Nin y a su partido como «trotskistas aliados de Franco». «dignos compañeros de los asesinos de Kirov. representantes en España de los auxiliares de la política de Hitler, (...) los miserables que han pretendido atentar contra todo lo que es fundamental en nuestra lucha». En el Informe ante el Pleno Ampliado del Comité Central del Partido Comunista de España, celebrado el 5 de marzo de 1937, José Díaz afirmó: «Hay que educar al pueblo en el odio y la intransigencia contra sus enemigos. Contra los enemigos abiertos y contra los enemigos solapados (...). Hay que luchar para acabar con la tolerancia y la falta de vigilancia de ciertas organizaciones proletarias que establecen lazos de convivencia con el trotskismo contrarrevolucionario. con la banda del POUM, considerándola una fracción del movimiento obrero (...). Hay que batallar hasta conseguir que el fascismo, el trotskismo y los incontrolados sean eliminados» (10). Y Frente Rojo se sumó también a la

⁽¹⁰⁾ Ignacio Iglesias: «La represión contra el POUM. Nada (Cuadernos Internacionales), núm. 1, pág. 70 (Ed. Tusquests, Barcelona, 1978).



En noviembre de 1937 José Diaz —en la fotografía con Dolores Ibarruri, «Pasionaria»— afirmó: «A los trotskistas... hay que aplastarios con el mismo rigor con que se aplasta a los fascistas».

campaña calumniadora, en un artículo de 6 de febrero de 1937: «No se trata de disensión ideológica, ni siguiera de repugnancia física hacia una partida de traidores, sino de algo más profundo y más vasto. Se trata de la distancia que puede haber entre quienes figuramos a la vanguardia de los intereses de nuestro pueblo y los esbirros de la Gestapo. Se trata de la punta de bandidos que el fascismo ha dejado todavía entre nosotros» (11). Por su parte, el diario Ahora -portavoz de las Juventudes Socialistas Unificadas— no se quedó atrás en acusaciones e insultos contra los poumistas, e incluso se atrevió a insinuar que la depuración llevada a cabo en la Unión Soviética contra los enemigos políticos de Stalin era un ejemplo digno de tener en cuenta: «Liquidemos de una vez para siempre esta fracción de la quinta columna (el POUM). El pueblo soviético, con su justicia implacable contra el grupo de saboteadores y asesinos trotskistas, nos señala el camino» (12).

A estas y otras muchas acusaciones similares respondería digna y honestamente Andreu Nin en un mitin de la J.C.I. celebrado en Barcelona: «En mi larga actuación debo haber cometido errores. Pero ninguno de estos canallas calumniadores podrá venir aquí a seña-

larme ninguna deserción, ninguna traición en mis veinticinco años de servicio a la revolución proletaria». Poco antes, el mismo Nin había afirmado en otro mitin: «Para eliminar al POUM sería preciso matar a todos los militantes del partido». Desgraciadamente, sus palabras resultarían proféticas.

EL ASESINATO DE ANDREU NIN

Los acontecimientos de mayo de 1937 desencadenaron la última etapa de la lucha contra el POUM. Como es bien sabido, la Central de la Telefónica de Barcelona fue asaltada el 3 de mayo por las fuerzas de seguridad, con objeto de acabar con el comité obrero que controlaba las comunicaciones. La CNT, la FAI, el POUM y algunos otros pequeños grupos trataron de enfrentarse a las tropas y defender sus posiciones, mientras Nin, desde las páginas de La Batalla, exigía la unidad de acción, el control de las fuerzas de Orden Público por la clase obrera y la creación de Comités de Defensa de la Revolución. Pero la lucha terminó con una victoria de las fuerzas de la Generalitat, cuvo resultado inmediato fue la persecución de los dirigentes y militantes del POUM.

Tras la derrota, y en vista de las crecientes amenazas contra ellos, los dirigentes del POUM comenzaron los preparativos para pasar a la clandestinidad. Pero los acontecimientos se precipitaron. Según Andrade, los rusos

^{(11) «}Andrés Suárez»: El proceso contra el POUM. Un episodio de la Revolución española. Ed. Ruedo Ibérico. Paris, 1974, pág. 52.

⁽¹²⁾ Ahora. Valencia, 21 de enero de 1937.



El coronel Ortega. Director General de Seguridad durante el periodo en que tuvieron lugar los acontecimientos que costaron la vida a Andrés Nin.

presionaban a los dirigentes del PCE para que acabaran rápidamente con el POUM, mientras los miembros más responsables del Partido Comunista vacilaban, por miedo a la reacción del resto de las fuerzas políticas. Pese a ello, durante el mediodía del 16 de junio de 1937, Andreu Nin fue detenido en su despacho en un local del POUM; y por la tarde se detuvo a otros cinco miembros del Comité Ejecutivo del partido en Barcelona, a la vez que se clausuraban sus locales y se suspendía la publicación de su órgano de expresión. Al parecer, la orden de arresto contra Nin procedió del Director General de Seguridad, coronel Ortega, miembro del PCE; sus ejecutantes fueron policías miembros de las antiguas JJ.SS., dada la falta de confianza en la policía catalana para ponerla en práctica. Por eso, ni el Ministro de Gobernación ni el de Justicia del Gobierno republicano fueron informados de antemano de estas medidas.

Al día siguiente de la detención de Andreu Nin, la Jefatura Superior de Policía de Barcelona hizo pública una nota, según la cual los servicios de policía habían detectado una red de espionaje franquista; pero no se atrevió a manifestar que los espías eran los máximos dirigentes del POUM, entre ellos su secretario político. Dos días más tarde, Mundo Obrero declaraba: «Nuestra magnífica policía popular ha asestado en Barcelona un nuevo golpe a nuestros enemigos de la retaguardia. Una amplia red de espionaje trotskista-fascista que facilitaba noticias a Franco ha sido descubier-

ta». A esta campaña se unieron también los periódicos socialistas. Claridad afirmaba el 25 de octubre: «La policía descubre en Barcelona una organización de espionaje. La mayoría de los complicados pertenecen al POUM y preparaban atentados contra un ministro y dos jefes militares». Y los titulares de El Socialista del día 24 señalaban: «Espías y traidores: la Policía ha descubierto una organización de espionaje encuadrada por militantes del POUM».

Al hacerse pública la noticia de la detención de Andreu Nin, comenzaron las primeras reacciones oficiales de los miembros del Gobierno. Lluis Companys, presidente de la Generalitat. manifestó: «La opinión pública catalana no puede creer el que Nin sea un espía fascista». Por su parte. Zugazagoitia e Irujo, ministros de Gobernación y Justicia, declararon que el Gobierno no sabía nada de la desaparición de Nin, y estaba dispuesto a realizar toda clase de «gestiones» para aclararlo y castigar a los culpables. Pero la mayoría de los grupos políticos no estuvieron a la altura de las circunstancias, y sus débiles reacciones fueron acalladas por la prensa comunista e incluso socialista y por los informes de algunos jefes de policía. Merece destacarse, por su inverosimilitud, el presentado por el Comisario Jefe de la policía de Madrid al Director General de Seguridad: según él, se había encontrado en poder de un conocido falangista, Golpín, dirigente de una red de espionaje franquista, un mensaje cifrado dirigido al general Franco, informándole de que se había cumplido su orden de conectar en Barcelona con Nin y el resto de los dirigentes del POUM.

Los datos sobre el período de la detención de Nin y sus compañeros son bastante escasos; pero se pueden reconstruir con exactitud algunos hechos a través de las informaciones proporcionadas por diversos autores (como «Andrés Suárez» o W. Solano). Nin fue trasladado de Barcelona a Valencia, escoltado por tres automóviles ocupados por miembros de la GPU. Desde allí se le llevó a Madrid, donde permaneció en una checa del Paseo de la Castellana; y finalmente, a un chalet de Alcalá de Henares, del que se le sacó para asesinarle.

Cuarenta años después, no se sabe dónde cayó asesinado, ni en qué lugar se enterró su cadáver. Jesús Hernández, antiguo miembro del Buró Político del PCE, en su libro Yo fui ministro de Stalin, afirma que se pretendió sacar «una confesión completa» de Nin sobre sus actividades de espionaje al servicio de Franco; pero pese a todas las presiones que se ejercieron sobre él, no se consiguió ninguna confesión que inculpara a su partido. «Las torturas

bárbaras que le aplicaron —dice W. Solano no le llevaron a aquel derrumbamiento físico y moral de algunos de los más destacados colaboradores de Lenin. Murió sin confesar, fiel a las ideas y a las convicciones que había defendido durante toda su vida de revolucionario».

La desaparición de Andreu Nin provocó una campaña de solidaridad no sólo en España, sino también en el extranjero. Numerosas figuras políticas e intelectuales se interesaron por su paradero. En París se formó un Comité de defensa de Nin v de sus compañeros, encabezado por Víctor Serge y Marceau Pivert, y compuesto por numerosos intelectuales, quienes se entrevistarían con personalidades del Gobierno republicano - Zugazagoitia, Irujo, Prieto...— y con el embajador español en París. Cuando Víctor Serge preguntó a éste: «¿Dónde está Nin?», el diplomático español respondió: «No sé, no sé..., no sé nada..., no puedo decir nada». En nuestro país, los militantes del POUM y de la JCI empapelaron las paredes de las ciudades con enormes carteles en los que también se preguntaba: «Gobierno Negrín: ¿Dónde está Nin?». La única respuesta comunista, procedente de Orlov y el comandante Carlos (Vittorio Vidali), y publicada por Mundo Obrero el 25 de junio, y por Frente Rojo, el 10 de agosto, afirmaba que Nin estaba en Burgos liberado por un comando de la Gestapo alemana.

El asesinato de Nin no fue el final de la persecución contra el POUM. La dirección del PCE, instigada por Stalin, exigía más detenciones, más muertos, hasta llegar a la destrucción total del partido. En su Informe ante el Pleno del Comité Central del PCE, celebrado en Valencia en noviembre de 1937, José Díaz afirmó: «Tenemos que emprender una lucha a muerte contra los enemigos del pueblo en la retaguardia (...). Los principales enemigos del pueblo en la retaguardia son los trotskistas (...). Las relaciones de los trotskistas con Franco, los servicios de espionaje y de provocación que el POUM presta al fascismo se han demostrado va suficientemente. Los numerosos descubrimientos de la Policía lo han comprobado. Contra los provocadores del POUM no sólo existen ya las pruebas políticas de los artículos de prensa, de sus discursos, de las hojas clandestinas que reparten; existen las pruebas criminales de las claves, las cartas y los documentos encontrados por la Policía en sus locales y en poder de sus dirigentes (...). Con estos criminales no se puede tener piedad ninguna. Hay que aplastarlos con el mismo rigor con que se aplasta a los fascistas». Basándose en estas acusaciones, la División 29, formada por militantes del POUM, fue disuelta, y su comandante encarcelado. El abogado de los poumistas, Benito Pabón —conocido defensor de la CNT— tuvo que salir de España ante las continuas amenazas que recibía. Pero a pesar de todos los esfuerzos de los estalinistas por conseguir que los cinco miembros del Comité Ejecutivo del POUM fueran declarados culpables de espionaje, en el proceso que se siguió contra ellos, sólo pudieron ser condenados por su participación en las jornadas de mayo de 1937. No se les podía inculpar de otra cosa por falta de pruebas. Aun así, en la sentencia de 29 de octubre de 1938 se decretó la disolución del POUM y de la JCI.

En conjunto, esta violenta represión había demostrado el valor profético de las palabras de Nin, en el mitin del Price de Barcelona, poco antes de su asesinato: «Porque recordamos la tradición revolucionaria del leninismo, se nos va a eliminar como se eliminó en Moscú a la vieja guardía bolchevique. Entre la campaña de calumnias de aquí y la campaña de calumnias de Moscú hay una ligazón muy estrecha. Se trata de destruir físicamente a los bolcheviques. Se proyecta nuestra destrucción física porque so mos fieles a la revolución. Pero los que piensan y obran así se engañan. La verdad se abrirá camino y terminará triunfando».

M. R.



Andrés Nin, dirigente del POUM, asesinado a mediados de junio de 1937 (el 20 de junio), después de haber estado preso en Aicalá de Henares.